

Uno de los defectos de Sherlock Holmes, si defecto podía llamarse, era que nunca comunicaba sus planes á nadie, por lo menos hasta el mismo momento de realizarlos. En parte debíase esto á su carácter dominante, que gozaba dominando y sorprendiendo á los que le rodeaban, y en parte también á la cautela de su profesión, que le enseñaba á no arriesgarse; pero el resultado no podía ser más molesto para los agentes ó ayudantes suyos. Con frecuencia lo había yo sufrido, pero nunca tanto como en aquel viaje de Coombe Tracey hasta Grimpen.

Había llegado el momento crítico de hacer frente á la lucha. El negro velo del misterio iba á levantarse, y nada nos había indicado, ni siquiera en frases ambiguas, de lo que pensaba hacer. Estaba yo nervioso, impaciente, cuando por fin el aire frío que nos azotaba el rostro y las sombrías curvas que se destacaban del páramo nos indicaron que habíamos llegado al término del viaje. Cada paso de los caballos, cada vuelta de las ruedas nos acercaba más y más al desenlace de nuestra aventura. La presencia del cochero nos impedía hablar de lo que tanto nos preocupaba, y tuvimos que sostener una conversación

insípida, mientras los miembros temblaban de emoción. Después de un esfuerzo tan poco natural, fué una gran satisfacción para mí cuando por fin pasamos por delante de la casa de Frankland y supe que llegábamos cerca del castillo y del campo de batalla.

Nos apeamos en la puerta de la avenida. Holmes pagó el alquiler del coche y mandó al cochero que regresara á Coombe Tracey. Hecho esto, nos pusimos en marcha con dirección á Merripit House.

—¿Trae usted armas, Lestrade?

El *detective* sonrió diciendo:

—Muy rara vez será, Holmes, la que me vea usted sin lo necesario.

—Me parece muy bien. Mi amigo y yo también venimos preparados para toda clase de contingencias.

—Bien reservado es usted, Holmes, sobre este asunto. ¿Qué vamos á hacer ahora?

—Esperar.

—¡Vaya un sitio tan lúgubre y tan siniestro!—observó el *detective* estremeciéndose y mirando con recelo de un lado á otro. Allá adelante veo las luces de una casa.

—Esa casa es Merripit House, nuestro punto de destino. Y desde ahora me harán ustedes el favor de hablar en voz muy baja y de andar sigilosamente.

Guardando el mayor silencio posible caminamos por el sendero como si nos propusiéramos ir direc-

tamente á la casa, pero nos detuvo Holmes cuando habíamos andado unos doscientos metros.

—Aquí estamos bien—dijo.—Estas rocas de la derecha nos ocultarán perfectamente

—¿Hemos de esperar aquí?

—Sí, aquí esperaremos. Ocúltese usted en ese hueco, Lestrade. Usted ha estado dentro de la casa, ¿verdad, Watson? Puede usted indicarme la situación de las habitaciones. ¿Qué ventanas son aquellas del extremo?

—Las de la cocina.

—¿Y la otra un poco más acá, donde hay una luz tan brillante?

—Indudablemente es la del comedor.

—Las persianas están levantadas. Usted conoce el terreno mejor que yo. Adelántese, Watson, y observe quién está allí y qué hace. Pero ¡por Dios! que nadie se entere de que se vigila.

Silenciosamente recorri el sendero, y ocultándome en la sombra de la pared baja del huerto llegué á un punto desde el cual pude observar el interior de la casa.

Sólo dos hombres había en el comedor: sir Henry y Stapleton. Estaban sentados uno á cada lado de la mesa redonda, de perfil hacia mí. Los dos fumaban, y sobre la mesa había servicio de cafés y licores. Stapleton hablaba animadamente; sir Henry estaba pálido y distraído. Tal vez le preocupaba la idea del paseo que tenía que dar á través del páramo.

Mientras yo los observaba, levantóse Stapleton y

salió de la habitación. Cuando sir Henry quedó solo volvió á llenar la copa y se reclinó en la butaca para fumar á su gusto. Sentí el crujir de una puerta y el ruido de botas sobre el menudo cascajo del jardín. Las pisadas atravesaron el sendero por el otro lado de la pared á cuya sombra me ocultaba. Echando una ojeada por encima ví que el naturalista (pues era él) se había detenido en la puerta de una caseta situada en un apartado rincón del huerto. La abrió con llave, y cuando estuvo dentro sentí un ruido singular, como de pelea.

Sólo permaneció allí un momento, y al cabo del cual volvió á pasar y entró otra vez en casa. Le ví reunirse con su convidado y yo regresé á donde estaban mis compañeros, á referir lo que había observado.

—¿Dice usted, Watson, que no está la señora?—preguntó Holmes cuando terminé mi relato.

—No está, no.

—¿Pues dónde puede estar, puesto que no hay ninguna luz en toda la casa, fuera de las del comedor y la cocina?

—No lo sé ni puedo figurármelo.

El charco de Grimpen estaba envuelto en una espesa niebla blanquecina que empezó á avanzar hacia nosotros formando una especie de muralla blanca é impenetrable. La luna lanzaba sus rayos sobre ella hasta hacerla parecer un inmenso banco de hielo, destacándose como peñas sobre su superficie los cerros lejanos.

Holmes volvió la cabeza y vió cómo se acercaba más y más.

—La niebla avanza hacia aquí, Watson—dijo.

—¿Importa eso?

—¡No ha de importar! ¡Muchísimo! Es la única cosa en el mundo que puede desbaratar mis planes. El éxito de nuestra empresa, puesto que sir Henry no puede tardar ya mucho, su misma vida tal vez depende de que salga antes de que la niebla se extienda por el sendero.

La noche estaba fría, pero hermosa. Las estrellas orillaban en un purísimo cielo oscuro y los rayos de la luna nueva envolvían la perspectiva en una luz suave. Ante nosotros destacábase en líneas duras el tejado de la casa con sus altas chimeneas, y por el huerto y el páramo extendíase la luz que salía por las ventanas del comedor y de la cocina; de repente se apagó la de ésta (sin duda habían salido los criados), y sólo quedaban aquellos dos hombres en el comedor charlando y fumando. Aquella impenetrable niebla blanca que cubría la mitad del páramo avanzaba sin piedad, envolviendo la casa como en una espesa capa. Ya era invisible la pared del otro extremo del huerto, y las siluetas de los árboles sobresalían de entre una nube de vapor blanquecino. Tanto era lo que avanzaba, que mientras la contemplábamos se asomó por ambos lados de la casa, yendo á unirse por delante hasta formar una especie de barco denso que flotaba sobre el piso superior y el tejado como un extraño barco sobre el sombrío mar.

Holmes, haciendo un gesto de impaciencia, descargó un golpe con el puño sobre la ropa.

—Si no sale antes de un cuarto de hora—dijo—se cubrirá el sendero. Dentro de media hora no se verá nada, será impenetrable la obscuridad.

—¿Quiere usted que retrocedamos hasta encontrar un terreno más elevado?

—Si, mejor será.

A medida que la niebla avanzaba íbamos retrocediendo ante ella, hasta que nos alejamos de la casa una media legua. Y todavía aquella mar blanca y espesa seguía avanzando lenta hacia nosotros.

—No debemos ir tan lejos—observó Holmes,—de ninguna manera podemos arriesgarnos á que le alcancen antes que tenga tiempo de unirse á nosotros. Se inclinó sobre la tierra y aplicó el oído.

—¡Gracias á Dios!—continuó.—Creo que le oigo venir.

El ruido de las pisadas vino á interrumpir el silencio que reinaba en el páramo. Entonces, acurrucándonos entre las rocas, contemplamos con ansiedad la blanca nube de niebla. Los pasos se hicieron más perceptibles, hasta que por fin apareció el hombre á quien esperábamos. Cuando se vió fuera de la niebla para salir á la clara luz de la noche, miró de un lado á otro con cierto recelo, apretó el paso, y cruzando por el sitio donde nosotros estábamos comenzó á subir la cuestecita situada á nuestras espaldas. A medida que avanzaba iba mirando atrás de vez en cuando, como si no estuviera tranquilo.

—¡Cuidado—murmuró Holmes.—¡Chist!... ¡que viene!

En el centro de aquella impenetrable nube blanca resonó el ruido continuo de las pisadas de un animal. La niebla distaba de nosotros unos cincuenta pies, y con indescriptible ansiedad la contemplamos los tres, dudando de cuál sería el horror que saldría de su centro.

Yo me hallaba junto á Holmes y dirigí una ojeada á su semblante. Estaba muy pálido, conteniendo la emoción que parecía querer salir á borbotones por aquellos ojos rígidos y relucientes. De pronto toda su expresión cambió, al mismo tiempo que Lestrade, lanzando una exclamación de terror, se tiró boca abajo sobre la tierra. Yo me puse en pie empuñando el revólver, pero sobrecogido ante el horroroso animal que había salido de entre las sombras de la niebla.

Perro era, en efecto; un perro enorme, colosal, negro como el carbón; un animal como jamás habían contemplado los ojos humanos. Chispas y llamas brotaban de su bocaza, que llevaba abierta; los ojos brillaban con siniestra luz; el hocico y las manos parecían delineados con vacilantes y sinistros resplandores... Jamás, ni aun en sueños, ni aun en el delirio de una imaginación desordenada, podrá concebirse un sér más salvaje, más espantoso, más infernal ni más aterrador que aquella forma negra, muy negra, que, rodeada de fuego, apareció á nuestra vista saliendo de entre la espesa niebla.

Dando tremendos brincos corría el horroroso animal por el sendero siguiendo los pasos de sir Henry. Tan pasmados nos dejó su aparición que pasó por delante de nosotros sin que apenas nos diéramos cuenta de su presencia, pero un momento después pudimos hacernos cargo de lo que sucedía y disparamos los dos á un mismo tiempo. El animal lanzó un espantoso aullido, lo que nos demostró que, por lo menos, uno de los tiros había hecho blanco. Mas no por eso se detuvo, sino que prosiguió su veloz carrera con más fuerzas que antes.

A lo lejos veíamos á sir Henry con la cabeza vuelta hacia atrás, destacándose su pálido rostro á la luz de la luna, con los brazos alzados en actitud de indescriptible horror, contemplando el espantoso animal que iba persiguiéndole y cuyo aullido de dolor desvaneció por completo nuestros temores. Si era vulnerable, era mortal, y si le habíamos herido, podíamos matarle.

Jamás he visto, ni pienso ver en mi vida, hombre que corra como corrió Holmes aquella memorable noche. Siempre he sido buen corredor, pero Holmes me dejó atrás con la misma facilidad que yo dejé al *detective* Lestrade.

A medida que volábamos por el sendero iban llegando á nuestros oídos los gritos y las voces de sir Henry, contestados por el profundo gruñido del animal. Llegué á tiempo de verle lanzarse sobre su víctima, que caía al suelo, mientras el perro se dirigía á la garganta, al mismo tiempo que Holmes le dispa-

raba cuatro tiros en el costado. Lanzando un último aullido de agonía, y dando un furioso mordisco al aire, rodó por tierra pataleando desesperadamente. Me incliné temblando de emoción para dispararle otro tiro en la cabeza, pero ví que era inútil. ¡El perro gigante había muerto!

Sir Henry yacía sin conocimiento en el mismo sitio donde había caído. Le arrancamos el cuello de la camisa, y Holmes elevó los ojos al cielo al ver que no había herida ninguna y que había llegado á tiempo para salvarle. Un momento después se movieron temblorosos los párpados de sir Henry, el cual hizo un esfuerzo para levantarse. Lestrade aplicó un frasco de coñac á los labios de nuestro amigo, quien, al recobrar el sentido, nos miraba con ojos de indescriptible angustia.

—¡Dios mío!—murmuró.—¿Qué ha sido? ¡Decidme, por Dios, qué era aquello!

—Fuere lo que fuere—contestó Holmes,—ya está muerto. De una vez para siempre hemos acabado con el perro de los Baskervilles.

Solamente por su tamaño y por su fuerza era un animal terrible el que yacía muerto á nuestros pies. No era de pura raza ni mastín; era una mezcla de los dos, flaco, salvaje, y de la corpulencia de una leona.

Aun entonces, en la quietud de la muerte, despedían una llama azul aquellas enormes papadas, y los ojos, pequeños y de aspecto cruel, centelleaban con una extraña luz. Puse la mano sobre el hocico.

y al retirarla ví que mis dedos brillaban también en la obscuridad.

—¡Es fósforo!—exclamé.

—Una preparación bien hecha de fósforo—dijo Homes olfateando al animal. Debemos á usted mil excusas, sir Henry—añadió por haberle expuesto á este susto.—Pensaba, en efecto, ver un perro, pero no un animal como éste. La niebla nos dió muy poco tiempo para verle.

—¡Me ha salvado usted la vida!—exclamó sir Henry.

—Después de haberla puesto en peligro. ¿Puede usted incorporarse?

—Deme usted un poco más de coñac y pronto recobraré las fuerzas. Bien. Ayúdeme usted á levantarme. ¿Qué se propone hacer ahora?

—Dejarle aquí por un momento; no está usted en disposición de sufrir más disgustos esta noche. Si espera usted un poco uno de nosotros le acompañará al castillo.

Procuró ponerse en pie, pero estaba lívido y temblaba como un azogado.

Le conducimos á una roca y allí se sentó, cubriéndose la cara con las manos.

—Le dejamos á usted un ratito, sir Henry—dijo Holmes.—Todavía nos queda mucho que hacer y necesitamos hasta el último momento. El sumario está completo; ahora vamos en busca del procesado. Es probable que no le encontremos en casa—continuó diciendo mientras retrocedíamos por el sende-

ro. Los tiros le habrán anunciado que ya no había de qué.

—Estábamos bastante lejos—dije.—¡Quién sabe si la niebla los habrá amortiguado!

—Bien seguros podemos estar, Watson, de que siguió al perro para que no se cebase en el cadáver. No, no; indudablemente se habrá marchado ya. Sin embargo, registraremos la casa.

La puerta principal estaba abierta de par en par. Entramos; registramos las habitaciones una tras otra, pero sin éxito. No había en toda la casa más luz que la del comedor. Holmes cogió el quinqué y no dejó un rincón sin examinar. Ni rastro había por ninguna parte del hombre á quien buscábamos, pero en el piso principal encontramos una puerta cerrada con llave.

—Aquí hay alguien—dijo Lestrade.—He oído ruido. Vamos á franquear la puerta, Holmes.

En el interior de la habitación se sentía un débil quejido. Holmes descargó un tremendo golpe con el pie en la puerta, encima de la cerradura, y se abrió de par en par. Con revólver en mano entramos atropelladamente.

Pero tampoco allí había señal ninguna del hombre sanguinario y feroz á quien íbamos persiguiendo. En su lugar nos encontramos ante un objeto tan extraño é inesperado, que nos quedamos contemplándolo mudos de asombro.

Convertida la habitación en un pequeño museo, estaban las paredes cuajadas de estuches de cristal

repletos de mariposas é insectos, labor que había sido como el descanso de aquel hombre peligroso y criminal.

En el centro levantábase un poste fuerte y derecho, colocado allí, sin duda tiempo atrás, como sostén de la vieja y carcomida viga que atravesaba el techo. Atada al poste había una figura tan linda y tan envuelta que al principio no se conocía si era hombre ó mujer. Una toalla larga le rodeaba el cuello, para venir á quedar sujeta en el poste; otra envolvía la barba y la boca, y por encima de ella nos miraban dos ojos llenos de pena y amargura. En cuanto arrancamos la mordaza y desatamos las ligaduras, que fué obra de un momento, mistress Stapleton cayó al suelo á nuestros pies. Cuando su hermosa cabeza se inclinó á un lado ví la herida reciente, encarnada y viva de un latigazo dado en el cuello.

—¡Qué bruto!—exclamó Holmes. A ver, Lestrade, pronto, un poco de coñac. Colóquenla ustedes en la silla. ¡Pobre señora, se ha desmayado! Y la causa no es otra que los malos tratamientos y la falta de nutrición.

La señora volvió á abrir los ojos.

—¿Se ha salvado?—preguntó con angustia.— escapado?

—Es imposible que escape de nuestras manos—dijo Holmes.

—¡No, no, si no pregunto por mi marido! Me refiero á sir Henry. ¿Se ha salvado?

—Sí.

—¿Y el perro?

—Está muerto.

—¡Gracias á Dios, gracias á Dios! ¡Qué infame! Veán ustedes cómo me ha tratado.

Levantó las mangas del vestido y quedamos horrorizados al ver que tenía los brazos cubiertos de cardenales y heridas.

—Pero esto no vale nada—prosiguió diciendo;— es mi alma lo que más ha atormentado y destrozado. Todo, sin embargo, lo hubiera sufrido: los malos tratamientos, la soledad, una vida de engaños y ficciones... todo, todo, mientras podía considerarme dueña de su cariño; mas ahora comprendo que también en esto me engañaba y que no he sido más que un juguete suyo.

Y rompió á llorar amargamente.

—Señora—dijo Holmes,—nada tiene usted que agradecerle. Indíquenos dónde le encontraremos. Ya que tuvo usted la desgracia de apoyarle, ayúdenos ahora á dar con él, y así le haremos expiar su falta.

—Sólo hay un sitio á donde haya podido huir—contestó.—En el centro del Charco de Grimpen hay una antigua miná. Allí guardaba el perro y allí hizo los preparativos necesarios para poder ocultarse en un apuro. Allí le encontrarán.

La niebla se extendía por todas partes. Holmes cogió el quinqué y lo acercó á los cristales de la ventana.

—Vea usted—dijo;—es imposible que nadie pueda pasar por el Charco esta noche.

La pobre señora se echó á reír batiendo palmas.

—Acertaría tal vez á entrar—murmuró,—pero jamás á salir. ¿Cómo es posible que con esta niebla vea los arbustos que marcan el sendero? Juntos los plantamos él y yo. ¡Ay, si yo hubiera podido arrancarlos hoy! ¡Entonces sí que le hubieran tenido ustedes á merced suya!

Comprendiendo que era inútil la persecución mientras no se desvaneciera la niebla, dejamos á Lestrade al cuidado de la casa y Holmes y yo regresamos para acompañar á sir Henry al castillo. Ya no era posible ocultarle lo de los Stapleton; pero recibió el golpe con valor cuando supo la verdad acerca de la mujer á quien había amado. Por esta parte no había cuidado; mas como había sufrido una fuerte sacudida nerviosa, antes del amanecer estaba al cuidado del doctor Mortimer, delirando y con una gran calentura y ataque cerebral. Estaban destinados á viajar juntos por el mundo antes que sir Henry volviese á ser el hombre fuerte y robusto de tiempos no lejanos, de aquellos que precedieron á la toma de posesión del castillo de mal agüero.

.....  
Y ahora llego rápidamente al fin, al término de narración tan singular, en la cual he procurado hacer compartir al lector los negros temores, las vagas suposiciones que nos tuvieron intranquilos durante tanto tiempo y acabaron de tan trágico modo.

La mañana siguiente á la memorable noche de la muerte del perro, mistress Stapleton nos condujo al sitio desde el cual habían marcado el sendero que conducía al centro del Charco. Cuando nos puso sobre la pista de su marido y vimos la inmensa satisfacción con que lo hacía, pudimos comprender cuán horrible debió de haber sido la vida de aquella pobre señora. A ella la dejamos en el comienzo de una especie de península de terreno firme que se introducía en el Charco, y desde allí unas varas delgadas plantadas aquí y allá indicaban un sendero que, haciendo *zig-zag* entre los juncal-es, bordeaba los pozos cubiertos de verde espuma y los inmundos cenagales que cerraban el paso á los extraños. Los negros juncos y las plantas viscosas, despedían un olor nauseabundo que nos molestaba muchísimo, mientras que de vez en cuando un mal paso nos hundía hasta la cintura en el cieno, que parecía agarrarse á nuestros pies con hercúleas fuerzas para sumergirnos en aquellas siniestras profundidades.

Sólo pudimos hallar una señal de que alguien antes que nosotros había pasado por tan peligroso camino. Encima de un hierbajo que se mantenía fuera del agua flotaba un objeto negro. Holmes fué á cogerlo y se hundió hasta la cintura en el cieno. Jamás hubiera podido salir de allí sin auxilio nuestro.

Levantó al aire una bota vieja y negra, en cuyo cuero había una marca que decía: «Meyers-Tonto».

—Bien se puede tomar un baño de cieno para en-

contrar esto—dijo Holmes.—Es la bota que le fué robada á sir Henry en el hotel.

—¿La habrá tirado ahí Stapleton cuando huía?

—Justamente. Se conoce que la retuvo en la mano después de usarla para dar la pista al perro. Cuando comprendió que estaba descubierto huyó con la bota en la mano, y al llegar aquí quiso deshacerse de ella y la tiró. Por lo menos es una prueba de que llegó sano y salvo hasta este sitio.

Era imposible encontrar las huellas, porque el lodo escurridizo llenaba los huecos inmediatamente; no obstante, cuando llegamos á tierra firme, más allá del cieno, las buscamos con gran afán, pero todo fué inútil; ni la más leve señal encontramos. Si la tierra decía verdad, Stapleton no llegó nunca al refugio hacia el cual se había dirigido en medio de la densa niebla de la noche anterior. Allá, en el centro del extenso Charco de Grimpen, sumergido y enterrado para siempre, quedó aquel hombre sanguinario y cruel.

La isla donde ocultaba á su aliado el perro abundaba en indicios de su presencia. Una rueda grande y un pozo casi lleno de escombros denotaban la antigua situación de la mina á que se había referido mistress Stapleton, en cuyos alrededores veíanse algunos restos de las chozas de los mineros. En una de éstas encontramos un aro de hierro introducido en la pared y del que pendía una cadena muy fuerte. Esparcidos por el suelo había gran cantidad de huesos medio roídos, lo que nos demos-

iró que era allí donde guardaba el perro. Entre los huesos vimos un esqueletito cubierto de lana de color obscuro.

—¡Un perro!—dijo Holmes.—¡Caramba, es un perrito de pelo rizado! El pobre Mortimer no volverá á ver á su perrito. Y bien, Watson—añadió,—creo que no hay aquí nada que no hayamos penetrado. Pudo ocultar el perro, pero no pudo acallar su voz; de ahí los aullidos que ni aun de día era muy agradable oír. En caso necesario podía poner el perro en la caseta del huerto de Merripit House, pero siempre corría un riesgo, y sólo se atrevió á hacerlo en el momento supremo, cuando consideraba llegado el fin de todos sus esfuerzos. La pasta que hay en esta lata será la mezcla luminosa con que untaba al animal. Concibió la idea, naturalmente, al conocer la leyenda de los Baskervilles, y con la diabólica intención de asustar á sir Charles y causar su muerte. No me sorprende que el desgraciado presidiario corriese pidiendo socorro y dando voces al ver que un animal tan espantoso le perseguía. Lo mismo hizo sir Henry, y lo mismo, tal vez, hubiéramos hecho nosotros no estando enterados de la existencia del perro. Después de todo, fué una estratagema ingeniosa; porque aparte de que la víctima podía morir-se del susto, ¿quién de los aldeanos se hubiera atrevido á indagar algo sobre un animal así? Lo dije en Londres, Watson, y lo repito ahora; jamás hemos perseguido á un hombre más peligroso que el que está enterrado ahí.

Y así diciendo extendió el brazo hacia el siniestro pantano salpicado de verde que se extendía allá en lontananza hasta confundirse con las sombrías curvas del páramo.